

Una falsa disyuntiva

19. Es conocida la vieja polémica entre la enseñanza pública, bajo la cobertura del Estado, y la privada. Muchas voces se han alzado en defensa de lo público, entendido como aquello que es común a todos, a la colectividad. Sin embargo, nada más estéril que enredarse en semejante zarzal. Este punto de vista, hijo bastardo de un idealismo que pretende hacernos creer la fábula de un *Estado independiente de las clases sociales*, preocupado por la defensa de los intereses generales, es el mismo que defiende la concepción del ciudadano, ese lugar común, que aparece en todas las constituciones burguesas. Es asimismo hijo predilecto del más reciente estalinismo, con sus conceptos sobre el pueblo y el Estado democrático-popular. Es, en fin, bandera de enganche entre los progresistas, la gente de izquierda de salón, de Palacio y similares.

Una observación rápida muestra como todos estos defensores del Estado no hacen sino defender la mano que les da de comer. Todos: partidos, sindicatos, asociaciones y fundaciones cobran del Estado, viven literalmente del presupuesto. Y es que, para los trabajadores, la disyuntiva no está en lo público/privado, sino en la gratuidad de la enseñanza, la sanidad, el transporte... para los trabajadores y sólo para ellos. Precisamente bajo las banderas de lo público se cobijan todos los señores propietarios a los cuales financiamos su educación, su justicia, sus diversiones. «Los ingresos por impuestos al consumo crecen el triple que los de renta y capital. (...) La previsión del gobierno es recaudar un 9,5% más por impuestos indirectos (IVA, gasolina, tabaco, alcoholes y primas de seguros), frente a sólo un 2,7% más de los directos, IRPF e impuesto de sociedades» (El País, 30-9-97).

Esta es la política del Estado, la política general de clase que todos los gobiernos tienen que aplicar mientras exista capitalismo.

Por eso, no es reivindicando una *mayor intervención* del Estado burgués en la educación de la sociedad como pueden corregirse la explotación e ignorancia de los trabajadores. Por eso, es precisa la reivindicación de una enseñanza estatal gratuita, que no pública; de un Estado que financie la enseñanza pero nada más, para que no pueda utilizarla, como lo hace con la aprobación general, para los fines del capital. Que no embrutezca a la clase obrera con sus libros de texto, su historia, su filosofía y toda su concepción general del mundo y de la sociedad. «Por educación entendemos tres cosas: Primero: Educación mental. Segundo: Educación física, tal como la proporcionada por las escuelas de gimnasia o los ejercicios militares. Tercero: Instrucción tecnológica, que imparta los principios generales de todos los procesos productivos y, simultáneamente, inicie al niño y al joven en el uso y el manejo práctico de las herramientas elementales de todos los oficios» (Marx, Instrucciones a los delegados al Congreso de Ginebra. En Fernández Enguita, Trabajo, escuela e ideología, p. 334). Qué distancia abismal con la llamada educación integral para la formación de ciudadanos, tan habitual en todos los programas educativos actuales. Educación y producción material combinadas he aquí la clave. Una vez más, repetimos: no se trata de cambiar la escuela para que cambie la sociedad, sino de cambiar la sociedad para que cambie la escuela. Por eso llamamos a los trabajadores de la enseñanza a romper con la ideología burguesa y a que militen en las filas proletarias, y en el Partido Comunista Internacional.

Siguiendo el Hilo del Tiempo MARXISMO Y PERSONA HUMANA

(De Battaglia Comunista n° 34-1949)

Ayer

Desde los primeros trazos del método socialista en el sentido de Marx, muy claros desde dicho siglito, simplemente se debería sonreír cuando se escucha volver a plantear los problemas de la lucha social y del desarrollo histórico, las cuestiones de la economía general y del contraste político, para el desarrollo, para las conquistas y para la liberación de la «Persona Humana». Pero la prensa (y no sólo la que se coloca en posiciones decididamente antimarxistas) y la propaganda desde todos los frentes, llaman continuamente al trampolín a aquellas mujeres, a la más tonta entre todas las *mises* y las reinecillas que «tienen gancho» para las seniles publicaciones actuales de gran tirada.

En la lapidaria parte polémica del Manifiesto de los Comunistas sobre las objeciones burguesas al comunismo esta tarea aparece descuartizada para siempre. Es un verdadero pecado que la síntesis magistral este conscientemente partida por períodos como estos: las acusaciones lanzadas generalmente contra el comunismo bajo aspectos religiosos, filosóficos e ideológicos no merecen un profundo examen. Y más adelante: ¡Pero dejemos las objeciones de la burguesía contra el comunismo! y el texto se lanza sobre el tema central sin transiciones, al primer paso de la revolución comunista que es el constituirse en clase dominante por parte del proletariado.

Si este segundo punto injertado directamente en la acción ha tenido necesidad de violentas batallas por ser defendido por el oscurantismo de los socialtraidores, no menos las ha tenido y las necesita el primero, más teórico; y de aquellas dos o tres páginas se haría un desarrollo orgánico, que admitiendo contradictoriamente a las cien escuelas enemigas nuestras vuelva a exponer las aportaciones del marxismo y de los marxistas extrayéndolas de la historia viva de la lucha y de la polémica revolucionaria, de los escritos de Marx, Engels, Lenin, Trotski y de tantos otros menores, bien encuadrados de todas las épocas y de todos los países.

O debe creerse verdaderamente que el abuelo Marx pecó de optimismo y no penséis que la historia le habría dado, después de él, todavía tanto pali que a los asnos, a los puercos y a los vendidos; o debe reflejarse que hace un siglo aun no eran posibles para conseguir dinero para la prensa amiga los *festivals* tristemente imitados por los burgueses, con calentamientos en rojo y borracheras con alcohol desnaturalizado.

De la breve síntesis de la reivindicación económica anticapitalista y antipropietaria, el Manifiesto pasa a las cuestiones sobre la libertad y la personalidad con pasajes ahora ya más sólidos que los versículos del evangelio, y que deberían estar superdigeridos. En la sociedad burguesa el

capital es independiente y tiene personalidad, mientras que el individuo que trabaja es dependiente e impersonal. El problema es que en cada pasaje haría falta un paréntesis. Un poco más arriba se dice textualmente: el capital... es el resultado de la actividad conjunta de muchos... El capital no es, pues, una fuerza personal; es una fuerza social. No hay contradicción. Etimológicamente *capital* viene de *caput*, cabeza. En el orden actual el capital lo encabeza un individuo, porque el orden presente se funda en la apropiación personal de los esfuerzos comunes. En cuanto a su generación el capital es colectivo y cualquier «persona humana» no acumularía ella sola ni un gramo, pero en cuanto a disponer de él, a su explotación y disfrute eso es personal. En esto radica, descansa el régimen de clase que nosotros, defensores del Manifiesto, queremos subvertir.

Leamos los versículos sucesivos. ¡«La burguesía dice que la abolición de semejante estado de cosas es abolición de la personalidad y de la libertad! Y con razón. Pues se trata efectivamente de abolir la personalidad burguesa, la independencia burguesa y la libertad burguesa». Pero con infinita amargura debe tenerse en cuenta que desde hace un siglo los dirigentes marxistas han encontrado quizás pocos días para trabajar por esta abolición, mientras que en todo el resto de su tiempo se han lanzado en defensa de supuestos peligros para la pestilente personalidad independiente y para la libertad burguesa.

No podemos glosar aquí todo el texto, que por otra parte supera a todos sus glosadores, y para estos, basta como reflejo uno de los buenos, Antonio Labriola.

Avancemos algunos versículos. «Según vosotros, desde el momento en que el trabajo no puede ser transformado en capital, en dinero, en renta de la tierra (...) ¡desde el instante en que la propiedad personal no puede transformarse en propiedad burguesa, desde ese instante la personalidad queda suprimida.

«Reconocéis, pues, que por personalidad no entendéis sino al burgués, al propietario burgués. Y esta personalidad ciertamente debe ser abolida». Tras los pasajes sobre la familia, sobre la patria y sobre la educación, el texto subraya las objeciones basadas en las cuestiones «espirituales». Se encuentran estos teoremas decisivos, tan hallados: «La libertad de ciencia y de religión no fueron más que el reflejo de la libre concurrencia económica en el dominio del saber». «Pero el comunismo quiere abolir estas verdades eternas, quiere abolir la religión y la moral, la justicia etc.» «(Nos permitimos parafrasear en defensa de la claridad y contra los habituales falsificadores), por consiguiente, éstas no son más que formas

comunes a todos los tipos de sociedad surgidas y fundadas, todas sobre la explotación de una parte de la sociedad sobre la otra. Todas estas formas tienen que disolverse con la completa desaparición del antagonismo de clase, objetivo de los comunistas».

¡Qué mala cosa!: ¡religión, moral, justicia y libertad, salta por los aires precisamente todo el modernísimo repertorio, las sambas, las rumbas, los *boogies* a la moda en las que se produce *mí* persona!

Las falsificaciones comenzaron cuando aun vivía el autor del Manifiesto. Aún con edad madura, este no dudó en tomar en sus manos la fusta, y aclaró de un modo luminoso las mismas tesis, como desmentido de actores disfrazados para los que Marx habría rectificado gradualmente las posiciones radicales de 1848.

En la muy conocida carta sobre el programa de Gotha, de 1875, verdadera y formidable hecatombe de lugares comunes, de posiciones demagógicas, de sucias falsificaciones del socialismo (desgraciadamente, hoy más que nunca, en circulación) profunda recapitulación programática en pocas páginas de los puntos concernientes a economía, filosofía, política y táctica, a la que Lenin se refirió con los pasajes decisivos sobre el problema del Estado y la naturaleza de la economía comunista, especialmente sugestiva es la crítica a las reivindicaciones sobre las «bases espirituales y morales del Estado». El cretinismo de este sólo titulillo basta para hacernos ver erizados todos los pelos de la enfierecida barba de Marx. A propósito del capítulo precedente sobre la no menos necia «Base liberal del Estado» ya ha convertido en pasto la libertad concedida al estado de Bismarck en lugar de colocarle la soga al cuello (el famoso Volksfreistaat, estado popular libre, reivindicación de la socialdemocracia alemana). De tales páginas, Lenin ha hecho una mina de verdades históricas; sólo cederemos a la tentación de copiar las palabras: «Las peticiones políticas del programa no contienen nada que no estuviese en la muy conocida letanía democrática: sufragio universal, legislación directa, derechos del hombre, nación armada, etc. Son un puro eco del "partido popular" burgués, "de la Liga por la Paz y la Libertad"». No se necesita más que una sensacioncita espiritista y el terrible *viejito* proseguirá: de la democracia progresiva y popular, de los congresos por la paz, de los otros innumerables trucos demagógicos estalinistas...

Porque la «democracia» estalinista que se enrojecen con el uso de la propia fuerza, en cuanto que no es una reivindicación en occidente sino realización en oriente, con sus innobles recursos que llegan hasta la constitución de movimientos de acción católica, y sus ostentaciones de tolerancia, merece ser definida con las palabras de este otro pasaje que reventaba las formulas hipócritas encerradas en el ámbito de la legalidad prusiana de entonces: «esta especie de democratismo dentro de los límites de lo que esta permitido desde el punto de vista de la policía y no esta permitido desde el punto de vista de la lógica»!

Volvamos al meollo de la cosa, o sea a las reivindicaciones morales y espirituales. ¿Educación del pueblo por parte del Estado? Prorrumpo Marx: ¡más bien se deben excluir iglesia y Gobierno igualmente de toda influencia en la escuela! ¡Es el Estado el que necesita una ruda educación por parte del pueblo! ¡Anarquizante, eh, aquel Marx, al igual que nosotros!

Por los alumnos incautos se han dejado escapar otra blasfemia y el sobresalto del maestro es todavía más violento: «¡Libertad de conciencia!» Es quien ha puesto la exclamación, como lo introducíamos modestamente nosotros a todos estos slogans cuando aparecen bajo nuestra vista, desde que comenzamos a balbucear marxismo, y antes de valorar nuestra cortedad las «oportunidades ofrecidas por la situación». Se estaba en la época de la lucha de los pensadores liberales burgueses alemanes, o mejor de los santurriones luteranos, contra la influencia en Alemania de la política católica (que se ha visto hasta hoy), campaña similar a las muchas anticlericales en la época de Combes en Francia, en Italia poco después, y similares trastos viejos. Y ahora ¡oh rufianes! levantaros. «Si en esta época de lucha por la *civilización* (Kulturkampf—lucha cultural) se quisiesen hacer los graciosos al liberalismo sus antiguos dichos, esto podría suceder sólo de esta forma: Cualquiera debe poder satisfacer sus necesidades religiosas sin que la policía meta la nariz... Pero el partido de los trabajadores incluso en esta ocasión debía *expresar su conciencia* de que la *libertad de conciencia* burguesa no es otra cosa que la *tolerancia* de toda especie de libertad de conciencia *religiosa*, mientras que por el contrario, el partido socialista se esfuerza por *liberar las conciencias del espectro religioso*».

Engels y Lenin han remachado muchas veces este punto. La religión asunto privado para el estado, era una petición democrática burguesa. Pero la religión como asunto privado para el partido es una enormidad. El partido comunista no puede tolerar en sus filas libertad de conciencia religiosa o filosófica. Y su objetivo es el de arrancar de todas las conciencias

las posiciones religiosas y en general de superstición anticlasista.

Más exactamente, la tesis marxista es que la conciencia no es asunto de la persona humana o del sujeto individual, determinado por una masa de impulsos que en su círculo no puede controlar ni apreciar, la conciencia, o mejor, el conocimiento teórico es un asunto colectivo de la clase cuando esta llega al punto de organizarse en partido.

La liberación de las conciencias del montón de viejas supersticiones no es un asunto de educacionismo propagandístico sino sobre todo de fuerza. La violencia no sólo es un agente económico, sino un profesor de filosofía.

No nos es posible exponer otras muchas citas explícitas de Marx, Lenin y otras sobre este argumento.

Hoy

Que los conservadores del presente orden defiendan la masa de tesis morales espirituales que danzan entorno al centro umbilical de la persona, por cierto, no es para extrañarse. Incluso cuando ellos han asimilado como objetivos de clase la experiencia y el material marxista, y valorado en secreto la imponencia de los factores colectivos, se mueven con extrema prudencia sin aflojar jamás el salvavidas reaccionario de la *persona*.

Expliquemonos con tres ejemplos. En los entresijos del congreso democristiano, don Sturzo se centra sobre «Deberes de conciencia y disciplina de partido». Como siempre una exposición coherente y sensata. Primero dice: este concepto del individualismo, incluso dentro de una organización o de un partido, dirigido hasta la invocación de una extraña libertad de conciencia en el interior del partido, yo repudio esto porque... (el argumento político prevalece, en esto no ya militante político) debilita la lucha contra los comunistas... Pero la doctrina no se ataca con la desenvoltura que usan los... marxistas. Y don Sturzo revela: Antes que un problema político hay un problema moral de altísima importancia, lo del imperativo de conciencia al que esta subordinada no la política, sino toda la vida del hombre sea o no cristiano. Es canon de moral que se actué contra conciencia... es una culpa... Ningún moralista puede admitir que el hombre puede actuar contra conciencia aunque estuviese equivocado... Y continua en su análisis que quiere fundar la democracia «en general» sobre la integridad de la *persona*. Integridad espiritual, que diablos, no es que se pueda salvar en cuanto «objetores de conciencia» la integridad corporal no yendo a la guerra y cogiendo la comida con las manos donde lo enseñan los ojos. Aquí nos quiere Calosso.

Con mucha mayor y poética responsabilidad se lanza en el himno a la persona otro escritor, el Missiroli, que si no erramos ha profesado socialismo y ateísmo alguna vez. Le escucharemos sin comentarios: Toda la historia de la filosofía moderna es el lento y gradual conocimiento de esta nueva posición alcanzada por el espíritu humano en el Cristianismo, el desarrollo de esta verdad —el centro del hombre ya no esta fuera de si mismo, en la naturaleza, sino en él, en la conciencia— que convierte en *sagrada a la persona humana* e inaugura *todas las libertades*.

Que se vayan don Sturzo y Missiroli con Tomas, con Blondel y con Dios, lo que nos fastidia a nosotros es que existan pretendidos marxistas y socialistas convencidos de que la emancipación económica socialista no sea más que una etapa de aquel camino que inauguró la persona humana, asegurándose sucesivamente todas las libertades. Estos han hecho abstracción de toda nuestra construcción que coloca en el centro no a la persona o al hombre y tampoco la humanidad o la sociedad, sino las agrupaciones y las organizaciones de hombres, que son uno de los procesos de la naturaleza entrelazado entre ellos, y ve en aquel camino, no una purificación mística y larga hacia la gracia, sino una serie de rupturas y de choques, e indaga las condiciones y las fuerzas que preparan la formación de un sistema social organizado con características distintas de aquellos que, jactándose de nuevas doctrinas de valoración del espíritu en la *persona*, han atacado y oprimido, siempre con formas nuevas, a las clases desheredadas.

Tercer ejemplo: Togliatti. Hablando sobre su viaje a Praga, y haciendo la apología de aquel régimen, ha traicionado una vez más su submarxismo, fuera de todo el contexto y de las acostumbradas enunciaciones de conveniencia y de táctica política que no merece la pena poner de relieve, elogiando la campaña de intensificación (forzada) del esfuerzo productivo, sobre las referencias de trabajadores delegados al congreso, con las palabras: esta era un empuje productivo derivante de una concepción nueva del trabajo y de la *persona humana*. Escuchábamos escapar de las palabras de aquellos hombres esta *nueva imagen del hombre* para los que el trabajo ya no es más una condena, ya no es explotación sino que es la sustancia de su vida.

¿Imágenes, pues, de un nuevo mundo? Los don Sturzo, los Missiroli y los Palmiro de todos los tiempos nos los han ofrecido hasta el infinito. No sabemos que hacer con ellos, desde hace un siglo hemos tomado otra vía muy distinta. Dejad al hombre como es y cesad de joderlo.